

EDUCANDO EN EL COMCAR

AUTOGESTIÓN Y LIBERTAD

Dos profesores fueron invitados a dar una charla sobre la dictadura a los presos del COMCAR que siguen cursos de secundaria en la cárcel. Brecha asistió a la clase y charló con docentes y "alumnos". Desde adentro y desde abajo de uno de los penales más horribles del país surge algo distinto.

DANIEL GATTI

NO LO HABÍAN pedido ellos, pero cuando se les dijo que iban a traer a dos profesores para hablar de la dictadura, 40 años después del golpe de Estado, los presos del COMCAR que asisten a los cursos de secundaria que se dictan en el marco del plan de Educación en Contexto de Encierro dieron su apoyo. "Con este tema pasa como con muchos otros que tienen que ver con la inclusión ciudadana, para llamarlo de alguna manera: se sienten orgullosos de que se los tome en cuenta, que se los vea como parte de. Lo mismo les sucede cuando juran la bandera, por ejemplo, aunque sean cosas tan, tan distintas", dice a Brecha Óscar Rorra, un profesor de filosofía de unos 60 años que hace 11 trabaja en este contexto y oficia de alma máter de un proyecto que se sale de la norma de los cursos curriculares impartidos en la cárcel. No sólo por el público al que está dirigido, sino también por la orientación que le imprimen Rorra y Flavia Fuentes, una artista plástica y profesora de dibujo de 37 años que Rorra cooptó en 2010 para ayudarlo en el COMCAR.



En el salón, los alumnos con chalecos flúo / Foto Eduardo Irazabal

El miércoles 14 la cita fue, pues, en el galpón –blanco, grande, prolijo y gélido– que hace de salón de clases (tiene una biblioteca, unas 15 computadoras todavía sin acceso a Internet, ni

siquiera controlado). Allí, afuera, esperaban los "PPL" (personas privadas de libertad), con sus mamelucos flúo y sus lápices, y sus cuadernos y su cortésia "no fingida –agrega Fuentes–, están realmente agradecidos a este espacio, y cuidan a todo el que esté relacionado directamente con él: a quienes dan los cursos y a los invitados". Eran menos que los habituales: unos sesenta, tal vez algo más, cuando a clases van unos 270, sobre una población carcelaria que supera ampliamente los 3 mil (de 3.200 a 3.600, según quien lo diga). "Son muchos más los que se ins-

criben, pero esa es la cifra real de los que vienen: 270 –apunta Rorra–, es muy poco, pero antes de que esto tomara algo de vuelo eran bastantes menos. Yo empecé con un solo alumno."

Desde que con la ley de humanización carcelaria impulsada por el primer ministro del Interior de los gobiernos del Frente Amplio, José Díaz, estudiar y trabajar permitió a los PPL descontar pena (dos días por cada examen semestral dado, otros dos por examen aprobado y una cantidad

variable según la asistencia que hayan tenido a clase y la carga horaria de cada materia) "la cosa se volvió redituable. Pero es un factor que juega fundamentalmente al principio. Después, los que siguen viniendo (hay un índice de abandonos similar al de la enseñanza 'exterior') lo hacen porque en cierta medida están cambiando la cabeza, porque hicieron un clic", confía Fuentes.

De cuento

NO QUIERE REVELAR SU nombre. Apenas debe llegar a los 20. No quiere "meterse en política", dice, pero admite que le prestó mucha atención a "la clase" que dio el decano de Humanidades, Alvaro Rico, sobre los orígenes de la dictadura, y que algo sabe de aquella época. Sabe, por ejemplo, que en la cárcel de Domingo Arenas hay unos pocos militares presos, "uno es ese tipo, el Pajarito Silveira", que son culpables, "como dijo el profesor, de haber matado, torturado y enterrado no se sabe dónde a como 200 y viven como reyes, con computadoras, Internet, prostitutas, todo el combo, y acá hay gente que mató a alguien por defender su vida y la condenan a 16 años y en condiciones horribles, como un tipo que conozco".

Dice que en el año largo que lleva preso vio "cosas horribles, de todo tipo". "Todo es por plata. Los millones son una manera de recaudar dinero. No sé quién se lo lleva. Esto es una mina de oro. Hay que ver lo que le piden al gobierno para hacer las cárceles, y están todas destruidas. El comisionado parlamentario está de cuento: dice que acá hay 2.700 plazas para 3.200 presos y es todo mentira. En una celda que tiene que haber cinco presos meten a 15, por eso está todo destrozado. Por la superpoblación. Hay hambre y la policía la complica hasta el más mínimo detalle. No te dejan entrar una ropa de color y de repente la entran ellos y te coimean. ¿De dónde salen la droga, los celulares, la ropa? Si ellos son los únicos que tienen manera de entrar todas esas cosas".

Dice que por ahora tiene suerte de que vengan a verlo algunos familiares, su madre, un tío, su mujer hasta no sabe cuándo, amigos. "Pero los cansan. Tienen que pasar siete horas esperando cada vez que vienen, para poder entrar, y tres para poder salir. Se toman su tiempo estos señores, a pesar de que ahora hay un escáner para las revisiones que debería hacer las cosas en segundos. Tienen que poner gente que sea especializada en tratar con presos, no que esté especializada en verdeguearnos. Y es mentira que haya mejorado algo. Nada. Todo de acá", y da varias vueltas con el dedo a la altura de la boca. ■

Religión de Estado

SI HAY UN lugar en el que uno necesita creer en Dios o drogarse es la cárcel, dice Óscar Rorra, pero una cosa es entender necesidades, comprenderlas, y hasta adaptarse a ellas, "incluso para combatir las", y otra es darles espacio, arroparlas y propagarlas. Y eso es precisamente lo que está pasando en el COMCAR con algunos cultos adventistas, evangélicos y qué se yo cuánto. "La religión ocupa en esta cárcel, capaz que también en otras, seguramente también en otras, un espacio abusivo." Lo más grave es que lo ocupa con el beneplácito del Estado. El Estado laico uruguayo alienta, en sus espacios carcelarios, en relación con poblaciones que no están en condiciones de elegir, prácticas que, "por añadidura, hacen de sus adeptos seres no pensantes, dominados por un pensamiento místico que en vez de ayudarlos a salir de su condición, se la reafirman". Cuenta Rorra: "Viene un día un muchacho y me dice: profesor, profesor, usted sí que es un buen hombre. ¿Por qué?, le pregunto yo. Porque usted está libre y yo no, yo soy un pecador y usted está bendecido por Dios. Esa es precisamente la estructura mental que nosotros tratamos de desmontar; que ellos piensen que no pueden hacer otra cosa que la que hacen, que la que hicieron, que no

pueden ser seres libres. Se dificulta aun más cuando por cientos se los oye gritando 'soy pecador, soy culpable, soy pecador, soy culpable'".

El grito, repetido varias veces por día, sale de uno de los módulos de la cárcel, en el que viven en condiciones bastante superiores al resto algo menos de 400 reclusos. Una cárcel privada dentro de la cárcel pública. A un puñado de presos tuvieron que mandarlos allí después de los motines. "Pero son colados, el resto del módulo es todo de los adventistas", que lo construyeron cuando el director de Cárceres era Enrique Navas, uno de los suyos. "Actualmente siguen siendo muchos los jerarcas que en el Instituto Nacional de Rehabilitación piensan que no hay como la religión para rehabilitar a los presos", se subleva Rorra. "Lo que no puedo soportar es que el Estado como tal ponga funcionarios que hagan propaganda religiosa. Y no admito que me metan como excusa para que un alumno no vaya a clase que a la misma hora tenía una reunión religiosa. Que la cambien. Lo sagrado, para un funcionario público, debería ser la educación, pero como están las cosas..." ■

Prevista inicialmente para que coincidiera con el aniversario redondo del golpe, la charla fue postergada por distintas razones (entre ellas un motín), y terminó realizándose el 14 de agosto, Día de los Mártires Estudiantiles. Álvaro Rico, decano de la Facultad de Humanidades, abundó en los orígenes de la dictadura, se remontó al pacheato, abrió juego a la crisis de los cincuenta, se encendió en el involucramiento de una generación de jóvenes en "la lucha por una transformación que acabara con las injusticias sociales", se extendió sobre la represión, la huelga general, las desapariciones, se suavizó al dar ejemplos de la vida cotidiana bajo la dictadura, habló sobre las deudas no saldadas.

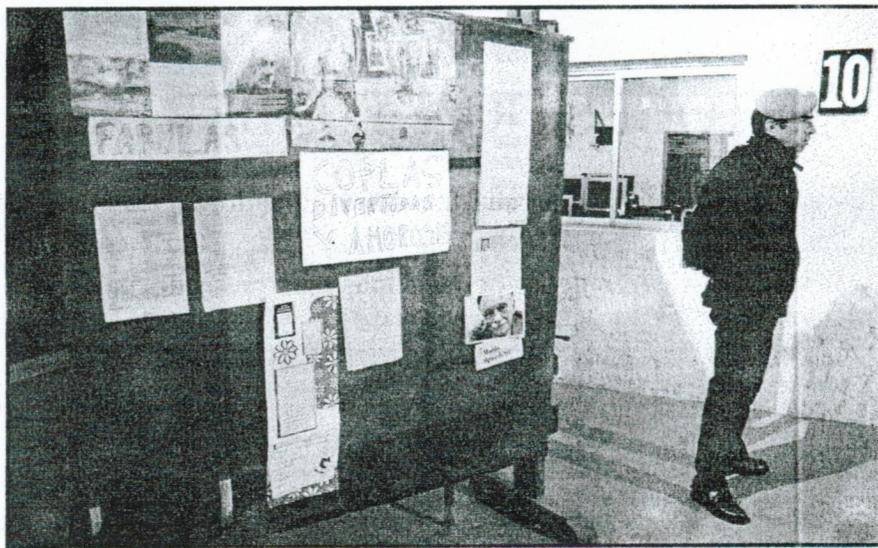
—¿Qué tanto te pudo haber quedado de esto? ¿Lo entendiste? ¿Sabías de qué se hablaba?

—El profesor lo dice en su estilo. No puede ser el mío. Yo sabía algunas cosas, la mayoría no. Pero es como lo que nos pasa acá: la dictadura nosotros la vivimos todos los días. No es que seamos como los presos de la dictadura, seguramente no, hicimos las cosas mal, pero no sé si no nos tratan peor de lo que los trataban a ellos hace cuarenta años.

Lo dice un muchacho de no más de 18, 19, que prefiere "no aparecer en la prensa". Y Luis, un policía de treinta y pico (uno de los tantos policías y soldados presos en el COMCAR), hace un paralelo entre "aquellos" y "estos" policías. "Así como hace años los formaban con la idea de matar al tupa y al comunista, hoy el enemigo es el pichi. Yo mismo me formé con esa idea. Hoy la sufro acá."

La profesora de literatura Alma Bolón eligió una fábula de cigarras y búhos, censurada en las escuelas en los años setenta, para intentar que los propios "alumnos" buscaran alegorías de la dictadura, la represión, el atropello, las injusticias. Hubo participación, revuelo, interpretaciones varias, y un preso que saltó para hablar de su caso. Es portador del VIH desde hace 12 años, está detenido desde entonces, denuncia "verduguesos" constantes de los guardias, la basura de la comida, las condiciones de detención, el frío, el hambre, el hacinamiento, la lentitud de la justicia.

Fuentes cuenta que después ese muchacho fue criticado por sus compañeros. "No porque no estuvieran de acuerdo con él, si-



Cartelera con actividades / Foto Eduardo Irazábal

Otra cosa

MARCOS TIENE 33 años. Desde los 18 que está preso. Le faltan otros cuatro para cumplir la pena, "pero con lo que voy descontando voy a salir antes. Estoy ahí", asegura. "De lo primero que voy a hacer es formar una familia, tener hijos, y a mis hijos les voy a enseñar que sean alguien, que no hagan como yo. Qué mejor que el padre se los diga. Me porté mal, re mal, para qué hablar; hice sufrir a mi familia, y pasé por todo acá adentro, motines, jodas, todo eso. Imaginate en 15 años, pero esta gente me hizo entender que puedo ser otra cosa, que depende de mi ser otra cosa, que se puede ser libre aun en la basura", dice señalando al pasar a Óscar Rorra, el profesor de filosofía y alma máter del equipo de educadores. Dice también que se ha convertido en un referente para los demás presos, que no le vende versos a nadie y que "ellos (y abarca a todos: a los demás presos, a los profesores, a los guardias) también saben cómo yo cambié".

Marcos está en sexto biológico de medicina. "Me fascina el cuerpo humano, siempre me fascinó pero ahora puedo verlo", dice. Su intención es hacer enfermería. "Me inscribí este año, pero con todo lo que demoran acá los trámites quedará para el año que viene". "Si la profe no está", él se encarga de los grupos, sobre todo de primer año, y se anima a enseñar biología. "Soy medio profesor", se ríe.

Cuando se anotó en los cursos educativos ("me prendí de esto desde primaria, la terminé y ahora estoy acabando el liceo") no sabía bien por qué lo hacía. "No tenía idea si me iba a servir para algo, y hay que decir la verdad, que al principio muchos vienen acá porque uno puede reducir la pena. Es la realidad. Pero después no. La reducción, sí, claro, pero no me serviría de nada si al salir volviera a hacer lo mismo. Quiero un oficio, utilizar lo malo de estar acá para

algo bueno. Muchos acá salen, no tienen nada que hacer, a veces están solos y a los dos meses los ves de nuevo."

Marcos se imagina que el después va a ser muy duro. "Sé que afuera va a ser más complicado que acá. Yo puedo contar con mi familia, una suerte que otros no tienen. Acá es siempre lo mismo, todos los días iguales, abris la cabeza cuando venís a las clases, porque es algo diferente, porque uno puede pensar, pero si quiere quedarse en la fácil de no hacer nada y seguir en la misma puede. Todo acá está hecho para eso, y no cuesta nada habituarse. En el fondo es como seguir en la misma de antes de entrar" al penal. "Y después, cuando salgas, la pagás."

Dice que muchos tienen capacidad para hacer cosas, pero llegan "con un ruido enorme de afuera, y si les ponés más ruido, no hay manera". Se estuvo luchando por hacer un módulo sólo de gente que está estudiando, cuenta. "Todavía no se pudo. Yo estoy en el módulo seis, donde tengo un poco de espacio, o me lo hago, pero otros están de a 12 en una celda. Cuanti más, estudian tres, ¿y el resto? Escuchando música, gritando por la ventana, armando lío. No pueden."

Hernán Barboza, profesor de química, dice de Marcos que es brillante. "Un capo". "Para aprobar sexto les pedimos una monografía, pero vamos modulando el nivel, buscando exigirles más si vemos que pueden darlo. Eso pasó con Marcos. Había trabajado sobre proteínas. Le resultó fácil y le subimos la exigencia. Eligió como tema la radiactividad, porque había leído o escuchado sobre Chernobyl." (Hernán no se acuerda si a Marcos el interés se le despertó a partir de un libro que le llegó o de una canción de los Redondos que menciona el accidente nuclear del 86). "Hoy me trajo una previa para que se la corrigiera. Tiene cosas muy buenas." ■

no porque hay consenso entre todos en que una de las premisas del espacio que estamos generando es que se opera como un actor colectivo, solidario, de que las quejas individuales se deben dar en otro marco."

El espacio del que Fuentes habla son los propios cursos y sus actividades de extensión, que hoy incluyeron la presencia de los docentes como antes de Álva-

ro Garcé o el actor Ruben Yáñez, y comprenderá más en miércoles siguientes.

El principio de las clases es la autogestión, dice Rorra. "Soy un convencido de que las cárceles estarían mucho mejor si los propios detenidos manejaran sus tiempos, la salud, el deporte, la educación, la alimentación. Ellos también están convencidos, y no son ningunos loquitos: hace un par de años elaboraron un proyecto autogestionario en el que reconocen la necesidad de que haya guardias, pero formados con objetivo de rehabilitación, e incluso que haya guardia perimetral más pesada. Pero la cabeza que domina en el sistema carcelario es la contraria: la autoritaria, la represiva."

Rorra, por lo pronto, sólo les ve sentido a las clases si sirven para provocar "un cambio de matriz en el pensamiento del preso. Y eso pasa por que adquiera autonomía. Yo casi no intervengo. Son ellos los que actúan, yo el que planteo las preguntas incómodas. A veces me dicen que soy cruel, porque trato de desestructurar sus creencias, hacer que dejen de razonar como presos, que dejen de repetirse que las cosas son así, que no tienen futuro y que no pueden hacer algo diferente de sus vidas".

Fuentes apunta a lo mismo a través del dibujo. "Una vez se me plantó un muchacho y me pidió hacer un dibujo. Hizo un revólver, precioso, con textura y formas precisas. ¿Cómo tenía que reaccionar yo? ¿Indignándome? Lo fui llevando a que descompusiera el revólver en formas abstractas, él y los demás, y que luego pasaran a figuras concretas. Lo que al principio era una figura amenazante devino en muchas otras cosas."

Rorra dice que enseña filosofía desde un punto de vista rigurosamente marxista, gramsciano. "Los llevamos a que vean que no son producto del designio de algún dios, sino de sus condiciones de vida, su educación y su praxis. Y que con una práctica social de otro signo, creativa, solidaria, en función de un proyecto de vida, de futuro, pueden cambiar. Para eso hay que aplastarlos simbólicamente. Entrás en una pulseada en la que no cabe la ingenuidad."

Algunos se levantan de la clase cuando el profesor les critica sus nociones sobre, por ejemplo, lo que es justo y lo que no lo es. "Pero a los diez minutos vuelven. Es común que tengamos que enfrentarnos a casos como el de un muchacho que se creía muy macanudo y muy libre porque cada vez que salía (pasaba ocho semanas afuera y varios años adentro de la cárcel, a repetición), robaba para conseguirles a sus hijas todo lo que querían, y a ellas no les faltaba nada.

—Pero no te tienen a vos, ¿No te das cuenta?

Un día lo entendió. Cuando logramos que perciban que la ecuación dos meses fuera/diez años adentro no es negocio, o que su visión de la justicia, absolutamente individualista (es justo aquello que a mí y a los míos nos permite estar mejor), mute, dimos un paso gigantesco."

Durante cuatro años Rorra dio clases a funcionarios policiales. Lo hizo a pedido de los presos, hartos de ser basureados por gente que a esa altura "tenía menos conocimientos que muchos de ellos". "En algunos casos se logró que los policías pasaran de tener ante el preso una postura de rifle sanitario a otra de respeto, de que hablaran por ejemplo de los derechos de las minorías. Era increíble." Pero esa experiencia se truncó. "La discontinuaron." Como tantas otras.

Se discontinúan también, muy seguido, los equipos que los dos

teveCIUDAD

PRIMERA VUELTA

La repregunta será tan o más importante que la pregunta

PRIMERA VUELTA, EL PROGRAMA DE ENTREVISTAS POLÍTICAS DE teveCIUDAD

ESTRENO: LUNES 26 DE AGOSTO A LAS 22:00 HRS.

Impresiones encontradas

PERSISTE UNA IMPRESIÓN amarga, que surge de haber columbrado una diminutísima parte de las condiciones de vida en esa cárcel, y de haber oído lo que los presos —y no sólo, también quienes trabajan con ellos— cuentan sobre el frío, el hambre, el maltrato, la decisión antojadiza, el hacinamiento, el verdugueo. Esa impresión es doble o triplemente amarga; por la continuidad que supone con las cárceles de la dictadura, porque muchos de quienes gobiernan desde hace ocho años padecieron en carne propia lo que hoy viven miles de conciudadanos y porque los presos de hoy están mucho más desprotegidos —mucho más abandonados a su dura suerte— que los presos políticos de ayer, por cierto condenados por la dictadura y sus abundantes partidarios, pero “cuidados” y “defendidos” por una parte considerable de la ciudadanía, que los había hecho suyos.

Los presos de hoy, en cambio, están solos. Su existencia numerosa y solitaria señala que en Uruguay no todo es exito-

so, que no todo está bien, que algo está bastante mal. ¿Cuántos están dispuestos a oír esto? (Y se sabe la suerte que corrió José Díaz, primer y único ministro que quiso oír. Y se saben las dificultades institucionales que encuentran los profesores Flavia Fuentes y Óscar Rorra, dedicados a enseñar bellas artes y filosofía en el COMCAR.)

Persiste también una impresión reconfortante, para un docente, que surge de experimentar la fuerza inteligente de “la clase”. Quiero decir que, como en cualquier clase de facultad, los participantes escucharon con atención sostenida una exposición de conocimientos sobre el golpe de Estado de 1973, con sus antecedentes y sus ramificaciones: conocimientos muy abstractos, de índole histórica, geográfica y política; a continuación, se abocaron a leer, analizar y comentar una fábula, una historia de búhos que matan y cigarras que mueren, censurada en el **Libro de lectura** de cuarto año por las auto-

ridades de Enseñanza Primaria durante la dictadura.* Las intervenciones, luego de la expresiva lectura en voz alta que realizó un voluntario, fueron numerosas, superpuestas y urgentes; mostraron una trabajada disposición a querer comprender, a querer atribuir sentidos y a querer interpretar, incluso datos editoriales que figuraban en la fotocopia distribuida, observados con atención por un participante.

Predominantemente, quienes intervinieron interpretaron que la dictadura había hecho desaparecer ese breve texto para evitar que se la reconociera en la figura del búho. Este personaje, que pretende dormir, se topa con la descortesía de la cigarra que canta y canta y no accede al pedido de alejarse (no se va al “exilio”, acotó alguien), por lo que el búho, de un saque, la acalla para siempre. La identificación de la dictadura y del búho por el común atropello silenciador se impuso entre quienes intervinieron; quedaron así opacadas, pero co-

mo tarea pendiente, otras posibilidades de interpretación.

La participación, tanto en la escucha como en la intervención, supuso poner entre paréntesis lo inmediato: el frío del galpón inhóspito, el hambre de los que habían sido conducidos hasta ahí sin desayunar, la incertidumbre, o la excesiva certidumbre, de las horas venideras. Para hablar, como se habló, de la dictadura y de búhos asesinos, hubo que poner en sordina la circunstancia más inmediata y tiránica, para dar lugar a lo ausente, a lo insospechado. Quizás no exista mayor bien intelectual. ¿Pueden esperarse otras lecturas diferentes de la que se impuso, lecturas que emerjan de alguna discontinuidad en las prácticas meramente represoras del Estado? ■

ALMA BOLÓN

* Esta información fue tomada del artículo de Antonio Romano “Lecciones de Mnemósine. Anotaciones para recuperar el cuerpo desaparecido de la palabra”.

educadores logran armar. “*Que estén años presos te permite trabajar con ellos en profundidad, e ir haciendo proyectos, armando ideas. Cuando ven que eso funciona, las autoridades te trasladan a un referente, a un líder positivo, a otro penal, a dos, a tres, a varios. Es un continuo volver a empezar. Eso tiene la contracara de que nos compromete a nosotros mucho más con el proyecto.*”

El proyecto tiene en un montón de hojas de papel y baldes de tinta su cara más visible, “*su culminación tangible*”, según marca Flavia Fuentes. *Pres y Diario* es una

publicación (véase recuadro en esta entrega y nota de Sofi Richero en **Brecha**, 24-V-13) aperiódica que Rorra y Fuentes ven como la plasmación de su colaboración de todos los días. “*Juntar filosofía y dibujo fue un cóctel muy interesante que se le ocurrió a Óscar para darles a los detenidos una manera global de aproximarse a un pensamiento crítico. Les decimos: tanto en filosofía como en dibujo se piensa, vamos a hacerlo con la palabra y con la imagen. Así se va creando una comunidad pedagógica donde los muchachos se van transformando y pasando de la queja, de la denuncia simple, a querer saber para tener fundamentos a la hora de exigir ser*

respetados. La idea es que no se sientan pobrecitos, que no se victimen, que aprendan a hacer algo con su capacidad de resiliencia”, dice Fuentes, ella misma una resiliente.

Y abunda sobre *Pres y Diario*: “*Es un andamio. Es como la idea de los muralistas: que propague, que diga, que denuncie, y sobre todo que proyecte. El preso tipo no tiene proyecto. Y tampoco se respeta a sí mismo, aunque alardee ante los demás con posturas de capito*”.

“*La belleza moral que estamos trabajando es la dignidad del ser*

humano”, sentencia Flavia, que dice que no quiere ser vista únicamente como “*profe de cárcel, porque lo mismo, en otro plano, que se puede ver aquí, se puede ver en los liceos ‘normales’*”. Ella es también docente de dibujo del liceo 42. Un día una alumna (“*muy insegura de sí misma*”) se le acerca y le dice: “*Profe, no sé si es mi derecho, pero voy a pedirle que me autorice a leer el programa, lo que vamos a hacer en lo que queda del año. Yo había anotado en mi libreta toda una serie de cosas que me habían planteado los alumnos para adaptar el programa. Quedó sorprendida por haber sido escuchada. No estaba acostumbrada.*”

Lo mismo les pasa a los muchachos del COMCAR cuando hacen el diario. Lo formal es lo de menos, viene solo.”

Rorra dice que a ellos, los educadores “*exteriores*”, los educadores carcelarios los ven como locos. “*A mí me han dicho algunos del equipo educativo: ‘Todo muy lindo lo tuyo, pero después los que pagan por lo que dicen en el diario o hacen son los presos’*.” En parte es así, pero los presos tienen conciencia de la situación y están dispuestos a pagar el precio, asegura el docente. “*Lo cual es una fortaleza moral muy grande. Uno me largó una vez: ‘Más vale que tenga sentido pagar por algo que vale la pena’. Es parte de su libertad.*”

Rorra y Fuentes no sabrían cómo medir sus “éxitos” y “fracasos” sin tener en cuenta las taras del sistema carcelario y de todo lo que lo rodea. Adentro, su autoritarismo: todo lo supedita a la seguridad, cuando debiera ser la rehabilitación la piedra de toque. Y afuera, el abandono: no hay seguimiento, una vez libres a los presos los dejan solos. “*Podemos medir el éxito de lo que predicamos cuando, por ejemplo, un tipo que salió y se encontró sin nada, no delinquirió de vuelta. También hay fracasos: tipos súper inteligentes, que razonaban brillantemente en los talleres, que parecían haber roto con la mentalidad de preso, y apenas sueltos no se la bancan y a las semanas los tenés por acá otra vez.*” Aun en estos casos Rorra rescata que los delitos por los que vuelven a caer son de menor violencia. Y observa que muchos de los que pasan por las clases y están institucionalizados en ellas ya no se ven tentados por participar en motines. “*Cambiaron su eje. Ya no te dicen, como uno que acababa de empezar primero de liceo al que le pregunté cómo se veía en diez años y me dijo ‘muerto’. Ese mismo tipo es uno de los que hoy más quiere y quiere.*” ■

PRES Y DIARIO
Se viene la segunda

EN OCTUBRE PRÓXIMO está prevista la segunda entrega de *Pres y Diario*, la publicación que Flavia Fuentes ve como la frutilla de la torta del “*proyecto global de construcción de libertad, de pensamiento crítico*”, que con Óscar Rorra y otros colegas llevan a cabo poco menos que a pulmón. “*Pensábamos sacarlo antes, pero no hubo plata para hacerlo*”, dice el docente de filosofía. La acumulación de materiales, y el hecho de que tretanto *Pres y Diario* se convirtió en referente para detenidos en otras cárceles —que enviaron notas, poemas, textos cortos— y en objeto de deseo, en el sentido —apunta Fuentes— “*de que lo ven por un lado como algo precioso en el cual plasmar lo que ellos quieren decir—y tienen muchísimo para decir— y por otro como algo mostrable, con orgullo, a sus familiares y a sus allegados*”, llevó a que para la próxima entrega se eligiera un formato de revista, más cuidado, más grande.

“*Va a haber cosas notables en este segundo Pres y Diario*”, asegura Rorra. Como en el número anterior, los artículos sobre temas de salud serán muchos. “*Es de los asuntos que a ellos más les toca*.” La cárcel es un emporio de enfermedades, “*a menudo mal tratadas, como ellos son maltratados*”, y “*en el diario reflejan cómo las viven, cómo las padecen, cómo tratan de superarlas, y tienen propuestas para eso*”. Una de las notas que a Rorra más le impresionó es la de alguien que explica “*qué pasa con los lateros dentro de la cárcel, que chocan con los rapiñeros*”.

Dos adolescentes de 18 años, integrantes de un grupo de Narcóticos Anónimos formado dentro del COMCAR por ex adictos que han

podido zafar e intentan que otros lo hagan, escriben sobre su experiencia. Funcionan sólo en uno de los módulos, en el patio, a falta de un lugar adecuado. “*No costaría mucho darles un sitio donde pudieran hacerlo en condiciones un poco más idóneas*”, dice Rorra. Ellos dicen que necesitan un espacio más o menos íntimo, y que el patio es precisamente lo contrario, el lugar del ruido por excelencia. Piden también que pueda venir gente de Narcóticos Anónimos de “la calle”, porque “*el afuera acá es indispensable*”, y que al “tratamiento” accedan desde todos los módulos. De todo eso hablaría la nota.

En otro artículo se cuenta la iniciativa de un recluso —un ingeniero— de armar con los cortes carcelarios una escultura en forma de flor. “*La llamó metal-morfosis, y te emociona, porque en ese proceso de transformación está resumido a cabalidad lo que pretendemos hacer en nuestras clases: cambiarles la cabeza*”, dice Rorra.

Uno de los grandes capítulos es el de las condiciones de reclusión. “*Sobre eso va a haber de todo*”, incluidas varias entrevistas, una al comisionado parlamentario, Álvaro Garcé, otra al director de la cárcel, José Antonio da Rosa, con el que ya habían hablado en el primer número y ahora lo van a interrogar sobre los anuncios de mejoras que había hecho meses atrás. “*Parece que algunas cosas han mejorado, y ellos no quieren dejar de reconocerlo aunque mantengan su crítica global, que es muy fuerte*”, apunta Fuentes.

Cómo autogestionar la práctica de deportes, la distribución del peculio (era de 2.000 pesos, pasó a 1.100 y no saben bien por qué,

las explicaciones que les dieron no los convencen para nada, y es un gran problema de sobrevivencia, adentro, y afuera, de sus familias, declara la profesora de dibujo), impresiones, poemas, bocetos, proyectos: Rorra apuesta a que el segundo *Pres y Diario* sea más impactante que el primero. “*Y eso que el primero movió mucho. A todo el universo carcelario: a ellos, a sus allegados, a los policías, por supuesto a nosotros. En sentido muy distinto, claro está.*” En una columna de la publicación figura una lista de agradecimientos a todos aquellos que colaboraron con la salida del número. “*Era también un mensaje sutil para los que no lo habían hecho o que habían puesto directamente palos en las ruedas del proyecto. Sabemos que les llegó.*”

Los mil ejemplares del primer *Pres y Diario* fueron distribuidos dentro de la cárcel y durante las visitas, en las colas. “*Fue muy importante para ellos que el diario saliera. Había quienes pensaban que era chuco, que no iba a aparecer nunca porque nos demoramos un poco mientras conseguimos la plata. La expectativa de los familiares también era grande. Algunos son muy descreídos con respecto a lo que puedan hacer los que están adentro, y ellos se sentían presionados, querían demostrar y no defraudar. El propio imprentero dudaba de que fuéramos a hacerlo, y se sorprendió cuando le llegamos con el material.*” Ese día de fines de noviembre del año pasado, con el primer número recién salido de *Pres y Diario* en las manos, lloraron los presos, sus familiares, sus profesores. ■